Uso de cookies
Utilizamos cookies propias y de terceros para mejorar nuestros servicios y mostrarle publicidad relacionada con sus preferencias mediante el análisis de sus hábitos de navegación. Si continúa navegando, consideramos que acepta su uso. Puede obtener más información, o bien conocer cómo cambiar la configuración, en nuestra **Política de cookies** [http://cookies.unidadeditorial.es]

EL MUNDO

Cultura

'Ante la intemperie moral, poesía'

Joan Margarit regresa al lugar transparente de sus versos en 'Des d'on tornar a estimar'

MATÍAS NÉSPOLO > Barcelona

Actualizado: 19/01/2015 **13:29 horas**

Puede que no haya reacción más universal frente a la desazón, el dolor y la pérdida que alzar los ojos al cielo; pero lo hacemos aún *«sabent que cal buscar-ho tot a terra: / com construir una casa, com escriure un poema. / I fins i tot des d'on tornar a estimar / en aquest temporal de la memòria»*, como rezan los versos finales de *Coneixement.*

Y quien los firma es una de las personas más autorizadas en catalán y castellano (porque las posteriores versiones, o reescrituras, en la lengua de Cervantes son siempre propias) para hablar de **construcciones tanto arquitectónicas como líricas**: el arquitecto, catedrático ya jubilado de Cálculo de Estructuras y premiado poeta Joan Margarit (Sanaüja, 1938). El popular constructor de moradas poéticas -es uno de los poetas catalanes más leídos desde Miquel Martí i Pol a esta parte- regresa tres años después de su último poemario, *Es perd el senyal*, para buscar con la palabra el lugar *Des d'on tornar a estimar* (Proa), título de su nueva colección de poemas y verso repetido en múltiples piezas, como el citado arriba, en una suerte de leitmotiv.

«*Es perd el senyal* era el descubrimiento de que el recuerdo nunca es aleatorio, forma parte de ti, lo que recuerdas siempre es por algo», explica el poeta. «Aquí en cambio de lo que se trata es de acceder a un territorio vital de la transparencia y la claridad, saltándose esa zona de

muchas turbulencias que va de la adolescencia a la vejez, desde donde intentar ser una buena persona, sin premio y porque sí», añade.

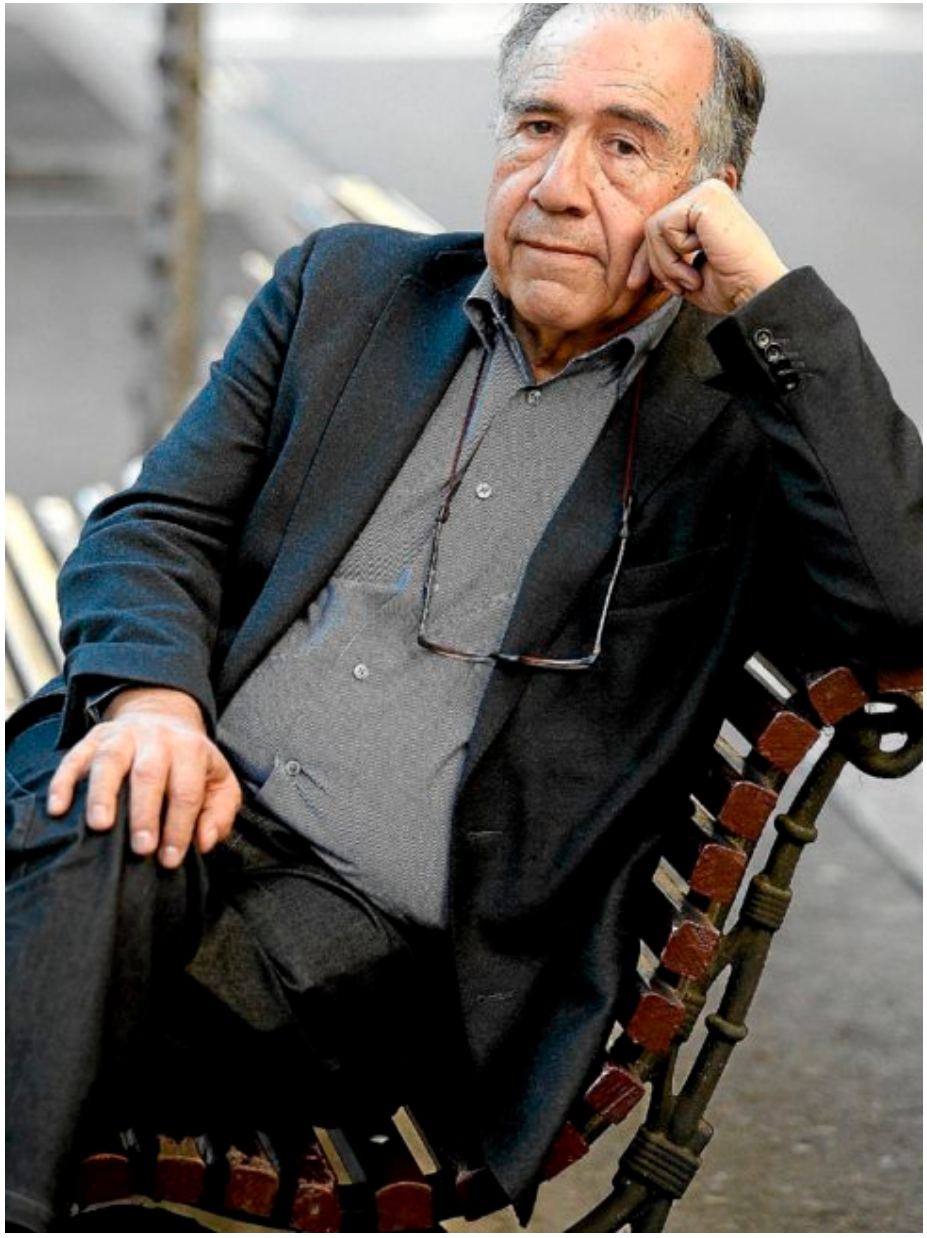
Y ese lugar intangible que está al comienzo y al final de la parábola de una vida, en la infancia y en la senectud, referido en el título es el que busca Margarit cantándole con sus cristalinos y lacónicos versos a un luminoso pan de la infancia de posguerra, a una calle trasformada de Barcelona o, para abrir el abanico de ejemplos, a la silla de ruedas de José Emilio Pacheco que empujara en Aguascalientes en 2013 y la que recuerda a otra, a la silla de su hija *Joana* -las cursivas son obligadas, como bien saben sus lectores, porque también es el título de una de sus cumbres poéticas-.

Y ese esquivo lugar desde donde amar «siempre cambia». «Desgraciado el que no se empeñe cada día en buscarlo», dice el poeta, «desde la incertidumbre, porque debes replantear constantemente la relación entre tú y los otros y las cosas», aclara. Aunque el poeta no lo especifique se sobreentiende que ese escurridizo lugar de mediación con el otro y con el mundo es el de la palabra poética, leída o escrita, da igual porque en el fondo son las dos caras de la misma moneda, y es sobre todo un emplazamiento moral.

Eso se permite sugerir en el epílogo de la obra, en el que habla de un territorio situado a ambos extremos de una vida, entre el asombro de un niño y la indiferencia de un anciano, **«desde donde pensar y amar con limpieza»**. Pero cuidado que nada tiene que ver la indiferencia que refiere Margarit con el egoísmo, «sino que es sinónimo de lucidez». «No estar desbordado por las cosas trascendentes que no puedes cambiar, en un proceso de aceptación para acercarte a la verdad sin muletas», explica. Por eso en la infancia y en la vejez los mitos salen sobrando y de lo que se trata es, como reza un verso de *L'il·lús*, de aceptar la aspereza de la vida y *«aprendre a escriure i a llegir a les fosques*».

Y la figura poética no es inocente porque Margarit aboga en su epílogo por «una lectura verdadera de la poesía que es muy semejante al acto de escribirla», dice, y en la que poco tiene que ver la erudición o el aparato crítico, porque hasta el lector menos formado puede acceder a ella si lo hace desde su íntima experiencia vital. «No son certezas filosóficas que puedas hacer llegar a la gente con formas gramaticales, sino a través de forzar el lenguaje», reconoce. Y ese otro tipo de verdad o certeza de la poesía es la que escribe el lector.

Y de allí también la dimensión moral de la poesía, y de la cultura, que defiende con razón Margarit. «Hay dos tipos de intemperies: la física y la moral. A la primera la resuelve la ciencia y la tecnología, ante la segunda sólo tienes la poesía, porque no existe un manual de instrucciones si pierdes a un hijo. La poesía es una herramienta para no hundirte ante la pérdida y el dolor», explica. Y, por supuesto, para Margarit poesía es sinécdoque de cultura. «La cultura no es un adorno, como cree el señor Wert», remata indignado, «sino una herramienta de supervivencia».



El poeta Joan Margarit, en una imagen de archivo. | ANTONIO MORENO

De tiendas [http://www.detiendasporelmundo.es/]